CUENTO

I PREMIO "EDUCERE" A LA CREACIÓN ARTÍSTICA SOBRE EL TEMA EDUCATIVO (México)

La Voz Interna

LA PIEDRA CON OJOS

LA VOZ INTERNA

"Nunca rompas el **silencio** si no es para mejorarlo". L.Beethoven

Poco le importaba a Richi si era afinado o aullaba peor que un lobezno hambriento. Sin embargo, cantarle lo que sentía a su compañera de banca era la mejor motivación que hasta ese momento tenía.

A nuestro amigo, no le importaba que lo vieran diferente cuando respiraba con su característico sonido nasal ahogado y que todo el salón fingiera que "no pasaba nada", ni tampoco que al cabo de unos segundos, él se diera cuenta de que entre las bancas sus compañeros hacían caras, imitaciones y burlas. Richi era lo suficientemente inteligente para saber que los niños se reían hasta "por la mosca que pasaba" y que muchas veces, no lo hacían por maldad sino porque era un buen distractor para romper con el trabajo cotidiano. Así que eso no lo detendría. Aprendería a cantar a como diera lugar. Desde tercero tocaba la flauta pero, lo que ahora quería era escuchar su voz con claridad. Sabía perfectamente el esfuerzo que para él significaría. Por lo de componer …no era un gran problema ya que la letra la llevaba grabada en su corazón. Sin embargo, el verdadero reto era empezar a vocalizar, pedir permiso para acudir al coro, pero, sobre todo el autismo que le dificultaba pedir ayuda.

Cuando los papás de Richi se dieron cuenta de su autismo se negaron a inscribirlo en una escuela especializada. Ellos creyeron que debían incluirlo al mundo para que se fuera acostumbrando a él o el mundo aceptara a Richi. Lo que pasara primero. La verdad era sencilla; la mamá de Richi confundía "dinero con atención" y esto significaba que ella prefería pagar sobre la atención para su hijo a someterse a un grupo de apoyo. Ella decía muy firme: -"He estudiado lo suficiente, para ahora "estudiar para ser mamá"-. Entonces, se la pasaba trabajando sin descanso para sentirse justificada y veía al niño en las noches cuando ya estaba dormido. En el caso de Don Ricardo, sencillamente no aceptaba que su único hijo varón fuera "diferente" y se propuso a tratarlo igual que a cualquier niño del mundo.

Para suerte de Richi, sus papás dieron con una escuela "buena" en dónde los valores éticos y sociales estaban guiados por unas religiosas que le brindaron el ambiente seguro. No tenía nada que ver la religión con lo buena o lo mala educación, pero, coincidía que estaba cerca de su casa y las religiosas se dieron cuenta del abandono emocional del niño en casa desde que iba en el Jardín de Niños. Ahora ya estaba en Quinto grado.

La mayoría de sus compañeros conocían y sabían sobre las diferencias de Richi –por medio de la psicopedagoga- quién les decía que su amigo, gustaba

de la soledad pero nunca de la desolación. Ella insistía en que respetaran sus momentos de aislamiento del mismo modo que lo abrigaran cuando quisiera estar acompañado. Todos lo entendían. Cada inicio de curso era el mismo cantar y la directora mandaba a Richi al baño para hablarle al grupo sobre NO TOCARLO ya que eso le causaba mucha incomodidad. (Todos sabían que de tocarlo o simplemente rozarlo causaría el grito más agudo o una rabieta incontrolable). Habían aceptado a su compañero. A veces, los niños comprenden las cosas más extrañas con una certera explicación mientras que los adultos requieren justificación tras justificación para hacer algo sencillo.

LA MISIÓN

Richi esperaba la clase de artísticas toda la semana y aunque no cantaba nada, se sentía seguro. En cincuenta miserables minutos -lo que duraba la sesión- él podía dejarse llevar por la "Serenata" de Schubert, aprender algo de un tal Mozart y tocar la flauta. Cerraba los ojitos cuando algún movimiento lo sorprendía. Su maestra se daba cuenta que disfrutaba la música por esos pequeños movimientos de cabeza en el compás fuerte. Ella sabía que más tarde que pronto daría una sorpresa y dejaría "fluir su voz".

La verdad era que Richi cantaba todos los días encerrado en su *closet*. Terminaba de comer, hacía la tarea y se encerraba unos minutos con una cuchara sopera para bajar su lengua y tratar de emitir el mejor sonido, hacia algunos trabalenguas muy lento y después inflaba globos haciendo abdominales para reforzar su "diafragma". No entendía muy bien, eso del "diafragma" pero como podía -en un lugar tan incómodo como el *closet*-, él lo hacía. Esos consejos los tomó de su maestra. Sin embargo, cuando escuchaba su voz, sabía que no se parecía en nada a la de un niño cantor de Morelia, es más se juzgaba tan duro que se desesperaba golpeándose la cabeza y rascándose la garganta. Cuando cantaba creía que era el mugido de un becerro por su tono oscuro y ronco. De hecho, cuando era consciente de su voz se imaginaba en una granja pero nunca en el coro de una iglesia. Definitivamente sabía que su ronquera no le ayudaría en su misión y comenzó a endulzar todo con miel para ver si así, se dulcificaba un poco su timbre.

A Richi le encantaban las clases de música solo por ver los berrinches de la maestra cuando alguien desafinaba. Era un espectáculo gratuito muy gracioso. Sin embargo, lo cautivó cuando muy seriamente habló con el grupo diciendo:- "Ustedes desconocen el valor de sus oídos y quieren acabar con los míos. Ustedes aún no nacían, es más, su piel nunca había sido tentada, su boca estaba sellada por una membrana, comían por el cordón umbilical, o sea, aún no hablaban, tampoco sus ojos sabían de formas ni colores, su nariz no captaba ningún olor. Sin embargo, sus oídos ya funcionaban cuando reconocían la voz de su mamá. El arte es la manifestación inteligente sobre los animales. El arte es la expresión de sus sentidos, porque aunque dicen que el

delfín es el más inteligente de los animales; yo nunca he visto a uno dirigir orquesta.”- Esas palabras se grabaron en su mente. ¡Cómo era posible que antes de nacer el oído ya distinguiera entre la madre y el padre! Era un milagro.

Entonces, el joven Richi supo que esa mujer gruñona cuyos ojos verdes apenas se asomaban por el piano sería la indicada para enseñarle a cantar y así poder decirle al mundo, a su querida Tatiana lo que sentía, sin justificarse, sin arrepentirse, ya que había aprendido que una canción dice justo lo que tiene que decir.

El problema de Richi era muy grande, para empezar porque era experto en echarse a correr cuando Tatiana lo saludaba. Sencillamente, no sabía por qué razón sus piernas le hacían esa ingratitud. Solo de pensar que en algún momento le cantaría, le provocaba dolor de estómago. Sin embargo, ya no había marcha atrás pues había logrado que sus padres lo entendieran y el reto estaba por venir.

Al principio fue difícil convencer a sus papás para que lo dejaran ir al coro… ¡Y más siendo música! Ya que para ellos, la música era un divertimento y no una clase formal. Aún vivían en el cuaternario mundo en donde existían “cantos y juegos” para enseñar las tablas de multiplicar, o los colores, o peor, las clases servían para alentar a niños metiéndolos en algunos concursos televisivos… pero, en la primaria, ya no era así y para Richi la intención era otra. La clase de Educación Artística era sobre cultura general y de principios de instrumentación en donde él se las ingeniaba para tocar la flauta y ya tenía varias composiciones. Sin embargo, nadie lo sabía. No culpaba a sus padres porque a final de cuentas ellos hacían referencia de lo que les había tocado vivir y esto era que la habían mal considerado como una guardería gigantesca para entretener a niños. ¡Qué iban a entender de un tal Mozart o de un niño golpeado Beethoven, si lo único que escuchaban eran las noticias en las mañanas! No podía explicarles como se le erizaba la piel con los *fortissimos* del piano y como sentía alivio con el *pianissimo* en el Himno Nacional. Él sentía la música, sabía que él era “algo” con la música.

Después de esperar a que pidieran informes, de tomar la decisión juntos, de una larga junta con la maestra del coro, la maestra titular de grupo, la psicopedagoga y la directora; se logró llegar al acuerdo de unirse al coro, siempre y cuando tomara dos clases de regularización de inglés. ¡Qué absurdo!—pensaba el niño—. Meterlo a clases de inglés solo porque la mayoría de los adultos decían que era fundamental para tener trabajo en el futuro remoto cuando él en el presente no podía comunicarse claramente. No importaba, él aceptó sin chistar.

El día llegó. Bajó rápidamente las escaleras desde su salón hasta el salón de música y ahí estaba listo para recibir su partitura. La maestra lo saludó y le asignó su lugar adivinando su voz ya que nunca lo había escuchado.

Comenzaron con un corrido mexicano hasta llegar a *Bendita Sea tu Pureza* de Manuel M. Ponce. La maestra se detuvo y le pidió que cantara cuatro compases solo. El silencio se apoderó del salón durante los más eternos tres minutos. Él estaba muy emocionado, quería hacerlo pero no sabía cómo. De pronto sus pantalones se mojaron. La maestra muy calmada le dijo a sus compañeros que eso les pasa a todos y se llamaba: "Pánico escénico". Los compañeros automáticamente dijeron que sí era cierto y apoyaron a Richi minimizando lo ocurrido.

La maestra estaba asustada esperando la macabra cita en donde los padres del niño se presentarían furiosos. Sin embargo, no pasó nada.

Pasaron los días. Richi seguía muy avergonzado por lo ocurrido en la sesión y ese día tocaba nuevamente coro. Pensó en no volver. Sin embargo, coincidió que en el recreo Tatiana se le acercó y pidiéndole permiso le quitó los lentes porque los traía sucios. La niña fue muy cuidadosa y no le rozó ni un cabello. Les tiró un escupitajo a los cristales y los restregó con su falda tablonada hasta que brillaron.

-¡Debes ser un topo para ver entre tanta mugre!—le dijo y se alejó.

En ese momento el niño abrió la boca y entonó los cuatro compases que le habían causado tanta vergüenza:

"Pues solo Dios se recrea en tan graciosa belleza".

Tatiana se dio la vuelta rápidamente (al igual que todos los que estaban en patio) viendo lo que sucedía. El sonido de su voz cálida paralizó el recreo. Era una sorpresa. Richi había cantado y mejor aún de él salieron las notas más afinadas que alguien se hubiera esperado.

El niño comprendió que después de haber pasado la vergüenza más grande, unos días atrás, ya nada peor le podía ocurrir. Entonces, ya no había nada que temer. Confrontarse a su propio miedo era su más grande hazaña. Tatiana se quitó el moño de la coleta y se lo entregó a modo de flor. Él la tomó rozando suavemente su dedo meñique.

Desde ese día hasta que se graduó en la Facultad de Música, Ricardo se comunicó cantando con la perfecta seguridad escénica que lo llevó por el mundo siendo uno de los mejores barítonos de México. También estuvo dando clases de Educación Artística demostrando que no era una clase cualquiera.

La piedra con ojos